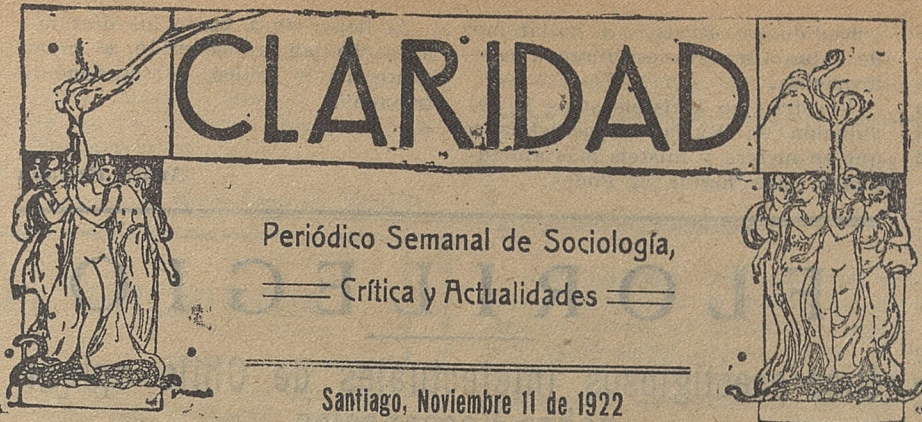


ORGANO  
DE LAS  
PUBLICACIONES  
OFICIALES  
DE LA  
FEDERACION  
DE  
ESTUDIANTES  
DE  
CHILE



**CLARIDAD** no tiene opinión oficial  
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.  
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.  
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

## VASCONCELOS

Ser sencillo es, en los tiempos que corren, una originalidad. Todos se protegen detrás de una actitud como detrás de un escudo, y en el artificio de las palabras, cada cual, pretende simular lo que nunca podrá ser. Y si la sencillez es una difícil originalidad, la sinceridad es ya una especie de heroísmo. Para nuestro medio de mediocridad reluciente y ostentosa, la ruda verdad es una blasfemia, y la hipocresía es estimada como una virtud encomiable e indispensable para el honesto desarrollo de la vida social.

Se admira a los que nunca se descubren. El cálculo utilitario, la preocupación de las conveniencias, el prudente "saber vivir" de nuestros moralizantes, amengua los caracteres, deshace en embrión los ímpetus viriles, ahoga las afirmaciones altaneras y las negaciones creadoras.

Estamos habituados a lo indeciso, a lo vago, a lo que nada significa, a los hombres amorfos, a las frases hechas, a las actitudes académicas. El gris podría ser nuestro color representativo. Somos incapaces de exaltación, pobres de rebeldía, sumisos hasta lo extraordinario, y desmesuradamente resignados. Por eso, cuando alguien sacude nuestra modorra espiritual, con una palabra encendida o con un gesto de noble audacia ideológica, nuestro estupor es sólo comparable al de un ciego que por un inesperado y bienhechor milagro, entreviese el día.

Así nos ha acontecido con el licenciado Vasconcelos. Vino, sencillo y sincero. A pesar del estiramiento protocolar y oficial de su misión, su sencillez de maestro, su sinceridad de hombre libre, resaltaron con firme y austera pureza en nuestro ambiente de pacata solemnidad. Desde la tribuna universitaria, con palabras que tenían el místico calor de la fe, expuso recios conceptos de humanidad; habló de las anunciadoras inquietudes del mundo, del imperativo social que descansa sobre los encargados de velar por la continuidad de la cultura. Y entré otras cosas de esas que sublevaron a los paniaguados de la prensa y a los empresarios del patriotismo, declaró que las oriflamas de las patrias, ya casi no movían su pecho. ¿Quién es, pues, este hombre que en la ciudad de Santiago, suntuosa y tradicionalista pudo atreverse en pública reunión, a expresar pensamiento semejante? La respuesta es sobria. Un visionario del porvenir de nuestra América y el maestro de una juventud. Visionario del porvenir de esta América que fué en el pa-

sado escenario de resonante heroicidad; refugio, hoy, de la atribulada esperanza del mundo. Maestro de una juventud enaltecida en un constante empuje renovador, vigorosa en los designios de su actividad idealista, guardadora, en el Norte, frente a una civilización, mecánica y exorbitante, de la libertad latina y del sentido de la tierra.

Como Rodó el divagador optimista, cree Vasconcelos en la futura realidad de la Confederación hispano-americana, malograda por los rencores de banderías y las ambiciones militares, en el Congreso Anfictionico que reuniera en Panamá el libertador. Piensa que a los estados nacidos de la violencia y la política han de suceder vastas federaciones étnicas, cimentadas en la sangre y el idioma comunes.

Y como asigna a las Universidades el puesto de avanzada en el movimiento unificador, por ser ellas representativas de la cultura histórica, a su paso por la Rectoría de la Universidad de México dióle como lema de su escudo: "Por mi raza hablará el espíritu". Pero no se crea descubrir en esta aspiración racial el brote de un novísimo imperialismo.

Esas grandes Confederaciones imaginadas por Vasconcelos tendrían que entrar, por la fuerza de sus comunes finalidades morales, a colaborar, en una armonía perfecta de relaciones. Por otra parte el modo de organización estará siempre condicionado a la identidad profunda y esencial de todos los seres.

Vasconcelos es también un místico. Extraño ha de parecer esto a los que conocen algunas facetas de su obra revolucionadora. Los estudiantes, a los cuales justo es reconocer una estrechez de juicio y una miopía espiritual digna de filósofos escolásticos, se extrañarán más que nadie. Y, sin embargo, es así; Vasconcelos es místico.

Conoce y admira las teogonias de Oriente y ha sido de ellas un admirable comentarista. Y, espera, como muchos, —¡como tantos!— el renacer del Espíritu en esta época de fausto, de "hierro y de sangre". Ese renacimiento se avecina. A la fiebre utilitaria, a la explotación humana, a la tragedia cotidiana de las ciudades absorbentes, a esa organización de la injusticia que se llama Estado, han de suceder nuevas formas de vida y nuevos principios dominantes. Vivimos —como ha dicho un escritor de América— en otra Edad Media. Una formidable revolución, que ya se anuncia por estallidos dispersos,

amenaza el vacilante andamiaje de la civilización occidental. Asistimos al desmoronamiento de muchos dogmas que se creían inmutables, a la bancarota irremediable de doctrinas que, afianzadas por la fuerza, robustecieron durante siglos el privilegio y lapidaron la verdad. Pero la verdad viene. La verdad está a las puertas. Y a ese anuncio de los videntes, derrúmbase los ídolos milenarios y se desgarran los velos de las santuarios consagrados descubriendo el fraude de las generaciones abolidas.

Está cercano el gran día en que desaparecerán las limitaciones y las violencias; el gran día en que el espíritu ha de reinar en amor y en verdad. Preparando su advenimiento están todos los hombres libres de la tierra y todos los que sienten la religiosidad de la vida, la fe en la exaltación del hombre, el odio santo contra todo lo que lo aparta de sí mismo y de Dios. Vasconcelos... No he de seguir hablando de Vasconcelos. Las mal hil-

vanadas líneas anteriores cumplen el propósito de un tardío homenaje más que el deseo de sintetizar algunos aspectos intelectuales del huésped ilustre. En el breve espacio de un artículo sería, además, imposible hacerlo. El que siendo Rector de la Universidad de México llevó a cumplidos términos un hondo movimiento cultural de transcendentales proyecciones, merece el comentario de un sociólogo. El autor de los "Estudios Indostánicos", obra maciza de conceptos y de esplendidez verbal, debe ser juzgado por un talento de amplia visión estética y filosófica. Pero al maestro de la juventud mexicana, al hombre representativo de una renovación, al que nos dió a su paso efímero, cordiales enseñanzas, expresamos, los estudiantes de Chile, nuestro saludo efusivo y nuestra gratitud por su palabra alentadora y el estímulo de su noble sinceridad.

Eugenio González R.

## SOBRE RUSIA

En los círculos obreros continúa debatiéndose lo que atañe a la acción que el partido comunista—de acuerdo con el decálogo de los 21 puntos de la tercera internacional—, debe desarrollar en las organizaciones proletarias.

Si bien es cierto que la totalidad de las agrupaciones revolucionarias, han rechazado de plano la ingerencia de ese y de todo partido político, por estimarla funesta y contraria a los fines que la organización persigue, no es menos verdad que algunos atrasados y rutinarios sindicatos aceptan de lleno esa intromisión.

A ellos, y a todos los que quieran tener una idea de que como proceden los políticos de la Rusia libre, les obsequiamos parte del discurso limitado que en el congreso de la tercera internacional de Moscú, se le permitiera pronunciar al sindicalista español Angel Pestaña.

"Llegó mi turno y subí a la tribuna para hacer uso de la palabra.

Dije que la situación de los delegados no acordes con cuanto allí se había expuesto, era extremadamente delicada y difícil, ya que toda crítica hecha a los puntos de vista sustentados por la Tercera Internacional, podían interpretarla nuestros adversarios como signo evidente de división entre el elemento trabajador, al apreciar la revolución, y no dejarían de explotar estas diferencias de apreciación para insinuar entre los obreros la especie de que la revolución era un fracaso, ya

que no todos apreciábamos de igual modo sus resultados.

Son estas contingencias—continué—, que todos debemos recordar en el debate que se ha planteado, pues olvidarlas equivaldría a generar diferencias nada provechosas para la causa que defendemos: la emancipación de las clases obreras.

La revolución ha proyectado un poderoso rayo de simpatía entre los obreros de todo el mundo, y sería doloroso que por entregarnos aquí a discusiones más o menos partidaristas destruyéramos la labor que esa simpatía ha realizado.

Por eso, nuestras críticas deben limitarse a los extremos que no estén de acuerdo con nuestro pensar y, aún aquí, limitarlos lo más posible.

Por mi parte esta es la conducta que me he trazado y de ella no saldré, si un olvido involuntario de mi propio pensamiento no me lleva a ello.

Dicho eso, entraré en el tema que aquí se está discutiendo.

A creer a cuantos oradores me han precedido en el uso de la palabra, la revolución en Europa y en el mundo entero queda supeditada a la organización de los Partidos Comunistas en todos los países.

Se ha afirmado, pero eso sí, sin aportar pruebas que puedan convencer, a lo menos a mí, y si no pruebas, cuando menos hipótesis razonables, que sin Partidos Comunistas no hay revolución, no se destruirá el capitalismo, y las clases trabajadoras no conquistarán jamás el derecho de ser libres.

Afirmación gratuita y hasta al-